

mejante á Moisés, á quien Dios hablase cara á cara y que diese leyes á su pueblo. Por eso, hasta los tiempos del Mesías, siempre y en todas las dificultades no se funda el pueblo sino en Moisés. Como Roma reverenciaba á las leyes de Rómulo, de Numa y de las Doce Tablas; como Atenas recurría á las de Solón; como Lacedemonia conservaba y respetaba á las de Licurgo, así el pueblo hebreo incesantemente alegaba las de Moisés. En cuanto á lo demás había el legislador regulado en ellas tan bien todas las cosas, que jamás hubo necesidad de alterar nada. Por esto el cuerpo del derecho judaico no es una recopilación de diversas leyes, hechas en tiempos y ocasiones distintas. Moisés, iluminado del espíritu de Dios, todo lo había previsto. Ninguna ordenanza se ve de David, ni de Salomón, ni de Josafat, ó de Ezequías, aunque todos muy celosos de la justicia. No necesitaban los buenos príncipes sino de hacer guardar la ley de Moisés; y así se contentaban con recomendar la observancia á sus sucesores. Añadirle ó disminuirla en un solo artículo, era un atentado que hubiera mirado con horror el pueblo. Cada momento se necesitaba de la ley, no sólo para arreglar las fiestas, los sacrificios y las ceremonias, sí que también todas las demás acciones públicas y particulares, los juicios, los contratos, los matrimonios, las sucesiones, los funerales, aun hasta la forma de los vestidos y generalmente todo lo que mira á las costumbres. Ningún otro libro había en que se estudiasen los preceptos de vivir bien. Era nesario hojearlo noche y día, entresacar de él sentencias y tenerlas siempre presentes. En él era donde los niños aprendían á leer. La única regla de educación que estaba dada á sus padres, era enseñarles, imprimirles, hacerles observar esta santa ley, que podía por sí sola hacerles sabios desde la infancia. Así debía estar entre las manos de todos. A más de la lectura continua que cada uno debía hacer de ella en particular, se hacía cada siete años, en el año solemne de la remisión y del reposo, una lectura pública y como una nueva publicación en la fiesta de los tabernáculos, en que ocho días estaba congregado todo el pueblo. Hizo Moisés depositar junto al arca el original del Deuteronomio, que era un epitome de toda la ley, y del cual no pocos versículos llevamos anteriormente transcritos. Pero temiendo que con el curso del tiempo fuese alterado por la malicia ó negligencia de los hombres; á más de las copias que corrían entre el pueblo, se hacían ejemplares auténticos, que cuidadosamente revisados y guardados por los sacerdotes y por los levitas, tenían veces de originales. Los reyes estaban obligados, por una ley expresa del Deuteronomio, á recibir de manos de los sacerdotes uno de aquellos

ejemplares tan religiosamente corregidos, á fin de copiarlo y leerlo toda su vida.

Los ejemplares así revisados por la autoridad pública eran objeto de singular veneración de parte del pueblo, y eran mirados como inmediatamente salidos de las manos de Moisés tan puros y enteros como Dios se los había dictado. Habiéndose hallado un antiguo volumen de esta severa y religiosa corrección en la casa del Señor, reinando Josías, que puede ser fuese el mismo original que había Moisés mandado poner junto al arca, excitó la piedad de aquel santo monarca, y le dió ocasión de mover al pueblo á penitencia. Los grandes efectos que produjo en todos tiempos la lectura pública de esta ley son innumerables.

En una palabra, era un libro perfecto, que estando unido por Moisés con la historia del pueblo de Dios, todo se lo enseñaba junto: su origen, su religión, su policía, sus costumbres, su filosofía, todo lo que sirve á regular la vida; todo lo que une y forma la sociedad, los buenos y los malos ejemplos; la recompensa de unos, y los rigurosos castigos que habían seguido á otros.

Por esta admirable disciplina, un pueblo libertado, ya fuera del cautiverio y tenido cuarenta años en el desierto, llega todo formado á la tierra que ha de ocupar. Condúcele Moisés hasta la puerta, y advertido de su próximo fin, comete á Josué todo lo restante, conforme el mandato del Señor. «Mira que están cerca los días de tu muerte; llama á Josué». Pero antes de morir compone este cántico, oyéndolo todo el pueblo de Israel; y este cántico, que es un compendio de la ley, mira á los siglos venideros, y tiene su cumplimiento en todos los tiempos, y es una sentencia ó testimonio decisivo contra los judíos.

«Oid cielos lo que voy á proferir, escuche la tierra las palabras de mi boca».

Manda á la tierra y ruega al cielo. Al Señor habla con el corazón, con el espíritu que le anima; á los hombres, con los labios, como jefe, como supremo legislador que dicta leyes sapientísimas. Y prosiguió:

«Destilen y empápanse como lluvia los documentos míos: desciendan como el rocío mis palabras, como lluvia sobre yerba, como llovizna sobre grama.

»Porque yo invocaré el nombre del Señor: ensalzaad vosotros la grandeza de nuestro Dios.

»Perfectas son todas las obras de Dios y rectos todos sus caminos. Dios es fiel y sin sombra de iniquidad, íntegro y justo».

Las verdades enseñadas por Moisés, eran, en efecto, lluvia benéfica, que condensada caía en tierra muy seca y sedienta. Sus palabras, esto

es, las que iba á pronunciar, eran como esa misma lluvia cuando cae sobre un suelo bien dispuesto para la seimentera, y en la cual la humedad favorece el desarrollo y crecimiento de los gérmenes esparcidos en ella.

La justicia y la misericordia del Señor son tan grandes, que así como no queda sin castigo la obra mala, tampoco queda sin premio la buena.

Prosigamos oyendo el caudillo.

«Sus hijos, indignos ya de este nombre, pecaron contra él con sus inmundos ídolos: generación depravada y perversa».

Moisés se refiere á los padres de aquellos que le escuchaban, y que por sus actos no merecieron entrar en la tierra de Promisión.

San Agustín, ocupándose de este versículo, lo interpreta con arreglo á la versión de los Setenta; pero la Vulgata consigna lo dicho.

Y prosigue Moisés diciendo al pueblo:

«¿Así correspondeste al Señor, pueblo necio é insensato? ¿Por ventura no es él tu padre, que te rescató, que te hizo y te crió?»

«Acuérdate de los tiempos antiguos, recorre de una en una las generaciones, pregúntalo á tu padre, y él te informará, á tus antepasados, y te lo dirán.

«Cuando el Altísimo dividía las naciones en la torre de Babel, ó después del diluvio; cuando separaba los hijos de Adán, fijó ya entonces los límites de los pueblos de Canaán, según el número de los hijos de Israel.

«Porque el Señor escogió á éstos como porción suya: tomó á Jacob por herencia propia.

«Hallóle después en una tierra desierta, en un lugar de horror, en una vasta soledad: condújole por diferentes rodeos durante cuarenta años, y le adoctrinó, y guardóle como á la niña de sus ojos.

«Como el águila incita á volar á sus polluelos extendiendo las alas y revoloteando sobre ellos, así el Señor extendió sus alas sobre su pueblo, y le tomó y transportó sobre sus hombros».

No habrá quien niegue que el genio de poeta predominaba en Moisés cuando á Dios se dirigía. En forma más galana no es posible describir con las exigencias propias del versículo, cómo se hallaba Jacob en tierras de Egipto, ni cómo el Señor le llevó al desierto, donde apareciéndosele, le impuso en la verdad eterna.

Ni tampoco puede pintar con más propiedad y precisión del modo cómo el Señor ama á su pueblo, que diciendo «como á las niñas de sus ojos» ni más afán por su enseñanza y perfección, que recordando el amante desvelo con que el águila enseña á volar á sus hijos.

«El Señor fué su único caudillo; y no había con el Dios ajeno.

«Hízole dueño de una tierra superior y excelente, para que comiera los frutos de los campos, para que chupara la miel que se hace en las cavidades de las peñas, y gustara el rico aceite de los olivos que se crían entre las más duras rocas.

«La manteca de vacas, y la leche de ovejas, gordos corderos y carneros del país de Basán, machos de cabrío, la flor del trigo; y para que bebiese la sangre de las uvas en purísimo vino.

«Engrosóse ese pueblo tan amado de Dios, y viéndose opulento se rebeló contra él. Ya engrosado, engordado y abundante de todo, abandonó á Dios su Hacedor, y se alejó de Dios Salvador suyo.

«Provocaron al Señor con adorar Dioses ajenos, é incitaron su cólera con sus abominaciones é idolatrías.

«Porque en lugar de ofrecer sus sacrificios á Dios, los ofrecieron á los demonios, á dioses no conocidos, á dioses nuevos y recién venidos que jamás habían adorado sus padres.

«¡Pueblo insensato! has abandonado al Dios que te engendró; y te olvidaste del Señor Criador tuyo».

La historia del pueblo hebreo desde su principio, es lo que Moisés va trazando en los versículos copiados. Deseaba dar un extracto á sus oyentes, una idea de lo ocurrido, á fin de que se apartara de la idea de idolatría, y no se expusieran al castigo de la esclavitud en que los israelitas vivieron hasta que, apiadado Dios de ellos, les envió á Moisés.

Y prosiguió diciendo:

«Viólo el Señor, y encendióse en colera, por ser sus mismos hijos é hijas los que así le provocaban.

«Y dijo: Yo esconderé de ellos mi rostro, y estaré mirando su fin desgraciado; porque raza perversa es, son unos hijos infieles.

«Ellos han querido como picarme de celos, con adorar lo que no era Dios, y me han irritado con sus vanidades: yo también los provocaré á celos, con amar aquellos que no eran pueblo mío,—en estas palabras se anuncia la vocación del pueblo gentil á la Iglesia,—y los irritaré sustituyendo en su lugar una gente necia y despreciable.

«Mi furor se ha encendido como un fuego grande que los abrasará hasta el abismo del infierno: arrasará la tierra y todas sus plantas y arderán hasta los cimientos de los montes.—Para este versículo una profecía de las calamidades de los judíos por medio de los Caldeos, y después de los Romanos; y al mismo tiempo una figura de los castigos de todos los réprobos antes y después del juicio final.—

»Amontonaré males y males sobre ellos, hasta apurar las flechas de mi aljaba.

»Serán consumidos de hambre y devorados por las aves carnívoras con mordiscos cruelísimos; armaré contra ellos los dientes de las fieras, y la venenosa rabia de las que van arrastrando y serpeando sobre la tierra.

»Por defuera los desolará la espada, y dentro de sus casas el pavor y espanto: el joven y la doncella, el niño que aun mama y el anciano, todos serán exterminados.

»Y diré entonces: ¿Dónde están esos rebeldes? Yo borraré de entre los hombres su memoria.

»Pero lo difiero por ver tanta arrogancia en sus enemigos: no sea que estos se engrían y digan: Nuestra mano robusta, y no el Señor, es la que ha hecho todo esto contra Israel.

»Gente es esta sin consejo ni prudencia.

»¡Ojalá que tuviesen sabiduría é inteligencia y previesen sus postrimerías!

»¿Cómo podría jamás suceder lo que ahora, que un solo enemigo persiguiera á mil hebreos, y que dos hiciesen huir á diez mil? ¿No es esto porque Dios los ha vendido, y los ha entregado el Señor?

»Porque no es nuestro Dios como los dioses de ellos: júzguenlo los mismos enemigos.

»La viña del Señor es ya como viña de Sodoma, y de los extramuros de Gomorra: sus uvas son uvas de hiel; y llenos están de amarguras sus racimos:

»Hiel de dragones es su vino, y veneno de áspides para el cual no hay remedio.

»¿Y acaso no tengo yo reservado todo esto, dice el Señor, acá en mis adentros, y sellado en mis tesoros para el debido castigo?

»Sí: mía es la venganza, y yo les daré el pago á su tiempo para derrocar su pie: cerca está ya el día de su perdición y ese plazo viene volando».

Después de estas palabras que tienen carácter de amenazas y de consejos, entra en el período de las esperanzas; esperanzas que serían risibles, ó constituirían una contradicción palpable á ser simplemente anátemas las que pronunció primero. Tomadas al pie de la letra, por lo que dicen literalmente, y no por lo que significan, cerradas quedaban las puertas de la salvación eterna. Y siendo imposible la salvación para el pecador, no existiría medio de justificar la presencia real en forma humana de Jesucristo, ni sus doctrinas, ni su santa Pasión. Y esto es un absurdo.

En comprobación de que tienen carácter de consejos y advertencias, prosigamos oyendo á Moisés, que dijo:

«El Señor juzgará á su pueblo, y será misericordioso con sus siervos, cuando verá debilitada su fortaleza, y que aun los encastillados desmayaron, y que fueron consumidos los que quedaron.

»Y dirá entonces: ¿Dónde están sus dioses, en los cuales tenían puesta la confianza?»

Ya lo vemos; aquellos que reconozcan su impiedad y que se arrepientan, alcanzarán misericordia en el Señor, y serán perdonados. No hay fallo irrevocable en las amenazas, apóstrofes y maldiciones. Pero aquellos que desertaran para siempre de la verdad, los que sistemáticamente permanecieran en el error, esos serán castigados.

«¿A quiénes invocaban al comer la grosura de las víctimas ofrecidas, y al beber el vino de sus profanas libaciones? Levántanse ahora y vengan á socorremos y á ampararnos en la necesidad.

»Ved como soy el solo y único Dios, y como no hay otro fuera de mí. Yo mando y yo doy la vida; yo hiero, y yo curo; y no hay quien pueda librar á nadie de mi poder.

»Alzaré mi mano al cielo, y diré: Vivo yo para siempre.

»Que si aguzare mi espada y la hiciera como el rayo, y empuñare mi mano la justicia, tomaré venganza de mis enemigos, y daré el pago á los que me aborrecen.

»Embriagaré de sangre suya mis saetas, de la sangre de los muertos y de los prisioneros, que á manera de esclavos van con la cabeza rapada: en sus carnes cebarse há mi espada.

»Ensalzad, oh naciones, á su pueblo, porque el Señor vengará la sangre de sus siervos, y tomará venganza de sus enemigos, y derramará su misericordia sobre la tierra del pueblo suyo».

Vino, pues, Moisés y habló todas las palabras de este cántico, oyéndolo el pueblo y Josué, hijo de Nun.

É Israel cantó desde entonces, con su futura historia, la de las grandes naciones de la tierra. En cuanto á él, colmado de beneficios, y sin embargo, ingrato y rebelde, será castigado; pero el Eterno no le exterminará, le está reservado una bendición final. Las naciones que, ejecutando los designios de Dios respeto de su pueblo, se atribuían la gloria y no se proponían más que la ambición de satisfacerla, serán á su vez visitadas; el estrago, la cautividad, la muerte les esperan; ninguna esperanza les ha quedado. Y de hecho: ¿dónde están, preguntaremos con un observador, dónde están los asirios de Nabucodonosor, los medos y los persas de Assuero, los griegos de Alejandro, los romanos